



La Misa del Domingo

Domingo VII del Tiempo Ordinario (Ciclo C) Santísima Trinidad 22 de mayo de 2016

- Proverbios 8, 22-31
- Sal 8, 4-5. 6-7a. 7b-9.
- Carta del apóstol san Pablo a los Romanos 5, 1-5
- Evangelio según san Juan 16, 12-15

Después del culmen del Tiempo Pascua en Pentecostés, la liturgia de la Iglesia nos sigue proponiendo metas altas para nuestra vida cristiana de cara a los demás y para nuestra personal con Dios. Hoy, de manera particular se nos invita a contemplar la identidad del Dios cristiano. Un Dios que es trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Esta realidad, lejos de ser una elucubración, responde al despliegue de la revelación de Dios, tanto en la historia de la salvación relatada en las Escrituras, como en la propia experiencia personal. Es un camino de ida y vuelta. Ida, de Dios Padre por mediación de su Hijo y de su Espíritu hacia nosotros y, vuelta de nosotros hacia Dios, acompañados por el Espíritu, hacia el conocimiento del Hijo y del Padre.

CAMINO DE DIOS EN LA HISTORIA

La Escritura es fiel reflejo de este itinerario de Dios y hacia de Dios, que no es, ni mucho menos, dado de antemano y fijo, tal y como hoy lo expresamos en el Credo. La identidad de Dios fue lenta en su formulación, pues fue lenta su comprensión.

La historia de la fe cristiana corresponde al largo proceso de la revelación de Dios. Heredera de la fe de Israel, la fe cristiana no alcanzará su comprensión plena hasta siglos después de la vida del Jesús terreno, bajo la guía del Espíritu, como nos recuerda el evangelio de hoy.

En la «*etapa final*», de esta revelación, como recuerda la Carta a los Gálatas (4, 4), después de hablar «*muchas veces y de muchas maneras*» (Heb, 1, 1), este Dios, al que nadie había visto, se nos dio a conocer por medio de Jesús, Cristo y Mesías (cf. Jn



La Misa del Domingo

1, 18; Tim 6, 16). Tal acontecimiento supuso la ruptura con la fe judía. Pues Jesús, hombre «*poderoso en obras y en palabras*» (Lc 24, 19), que «*pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*» (Hch 10, 38), fue reconocido como el Hijo único de Dios al dar, tras su pasión, el Espíritu Santo que da vida (cf. 1 Cor 15, 45). Este Espíritu es el que vivifica a cada creyente y a cada comunidad en la celebración de los sacramentos, donde se actualiza la relación con Dios-trinidad y el testimonio en el mundo como sal y luz.

CAMINO HACIA DIOS EN NUESTRA HISTORIA

Dicho itinerario hacia Dios fue y es conscientemente realizado a partir de la experiencia de la resurrección de Jesús, es decir a la inversa de lo narrado en la Escritura. Quizá no te hayas dado cuenta, pero sólo desde la resurrección del Hijo de Dios somos capaces de descubrir las huellas y las mediaciones de Dios en nuestra historia y a su único Mediador, Jesucristo. Es decir, sólo tenemos acceso a Dios y a Jesús como su Cristo, gracias al Espíritu. La primera experiencia de Dios-trinidad, es gracias al Espíritu derramado: «*por medio del Espíritu —como dijeron los Santos Padres— suben al Hijo; después por medio del Hijo suben al Padre, cuando el Hijo ceda su obra al Padre*»¹.

Es el Espíritu el que nos abre la inteligencia para comprender todo lo relacionado con Dios y con la vida; el que nos posibilita reconocer a Jesús como Señor y Salvador y, desde Él, ser hijos adoptivos del Padre. Es el Espíritu el que ora en nosotros, el que actúa en nosotros, el que sostiene y guía a la comunidad de creyentes. Por Él podemos decir «creo-creemos» en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu.

DIOS-TRINIDAD, DIOS-AMOR

Nuestra fe, como reflejo del Dios que la ha provocado, es fundamentalmente relación de Amor. Amor comprometido y no alejado de nuestra historia y de nuestra carne. Amor operativo y presente, que no abandona a su riesgo a los amados. Amor libre, que genera relaciones de libertad. Amor que sale hacia el encuentro de los demás, olvidándose de sí mismo.

Pero, la verdad sea dicha, comprender a Dios como Trinidad de personas ciertamente es complicado. Por muchos tratados que se lean siempre quedarán lagunas e

¹ IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, V, 36, 2.



La Misa del Domingo

interrogantes, aunque, no por ello es algo accesorio o que pueda, o deba, ser dejado de lado en nuestra vida como cristianos; pues es su constitutivo esencial y así lo confirmamos en el Credo.

Es más, el hecho de confesar a Dios como trinidad tiene un aspecto «negativo» y otro «positivo», mostrando que «*Dios da qué pensar y se da a pensar*»².

El aspecto «negativo», no indica algo perjudicial o dañino, sino la precaución ante el deseo de querer definir al Misterio, de querer encerrarlo en nuestros conceptos, de querer, paradójicamente, anular al propio Misterio. Sería un Dios muy pequeño el nuestro si pudiésemos decirlo todo sobre Él. Como decía San Agustín, «*Si comprehendis, non est Deus*»³, si lo comprendes, no es Dios; algo bueno a recordar cuando nuestra razón se encuentre con límites o cuando estos nos hagan dudar de nuestra fe.

Con todo y con eso, la «positividad» quiere expresar que, a pesar de los límites, los conceptos pueden remitirnos a Dios. En la pobreza y limitación del lenguaje podemos encontrar algunas palabras que actúen como símbolos, indicándonos la realidad a la que apuntan, lanzándonos, en su precariedad, a la confesión, a la alabanza, a la relación.

Santiago García Mourelo, sdb

² J.-Y. LACOSTE, *Experiencia y Absoluto*, Sígueme, Salamanca 2010, 236.

³ AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo* 52, 16, PL 38, 360.